



Apóstol Santiago, el colegio peregrino que eligió Vigo

Julio L. Martínez, SJ

Rector de la Universidad Pontificia Comillas y antiguo alumno del Colegio Apóstol

Estamos conmemorando el centenario del Colegio Apóstol Santiago en su llegada a Vigo, donde se instaló tras su periplo por otras zonas de Galicia: por Cambre, donde nació en el Pazo de Ancéis (1872), fundado por el P. Tomás Gómez, con 21 alumnos gallegos y 8 jesuitas, y por A Guarda, donde funcionó cuarenta años desde 1875 a 1916, con unos 100 alumnos y más de 30 jesuitas trabajando para ellos. Aquel Colegio de Camposancos al que P. Rivera, nuestro querido rector e historiador de cámara¹, describió como “una comunidad compleja en un lugar problemático”, pues allí el número de alumnos estaba estancado, no por falta de prestigio sino por lo apartado y mal comunicado del paraje. Cuatro años antes del traslado a Vigo del Colegio el P. General Wernz le escribía al Rector: “Me disgusta que los Nuestros tengan a ese Colegio como un destierro o un sitio de castigo y de ese modo decaiga el fervor en educar a los alumnos y se enfríe la caridad fraterna”. Los “nuestros” eran los jesuitas² y, por supuesto, no carecían de responsabilidad, entrega y devoción sincera la mayoría de los que vivían en ese lugar increíble en el que el Padre Miño desaparece en el Atlántico y donde muchos de los presentes hemos pasado días tan inolvidables. En mi caso como colegial, primero, y después también como novicio. El hecho es que cada vez se hacía más evidente que había que tomar una decisión de moverse para evitar una muerte lenta. Era moverse o morir más o menos lentamente.

Santiago y Coruña se candidataron para acoger el Colegio. Enterados en Santiago de que los jesuitas querían cambiar la ubicación del Colegio ofrecieron el monasterio de San Agustín, en manos del Municipio desde la desamortización del siglo XIX. Además del edificio también daba 500.000 pesetas una viuda muy rica, doña Elisa Carrete,

¹ Ni que decir tiene que para la parte histórica del Colegio mi apoyo principal es el excelente libro del P. Evaristo Rivera, *Colegio Apóstol Santiago. Historia de una larga peregrinación*, Vigo 1993, 505 pp.

² Eso de “los nuestros” incomodaba a Ortega y Gasset, antiguo alumno del Colegio de El Palo en Málaga.

dirigida por el ilustre P. Celestino García Romero. En Coruña también había algunos señores principales que querían que el Colegio fuese allí con la forma de externado.

Sin embargo y por suerte para nosotros, la opción-Vigo era la más potente y contaba con influyentes valedores. La ciudad ofrecía fácil comunicación por ferrocarril, era suficientemente grande y crecía día a día hasta el punto que ya se decía que llegaría a ser la primera ciudad de Galicia, como acabó sucediendo. Además se dio la feliz circunstancia de que a finales de 1914 había tomado posesión de la sede episcopal de Tui don Leopoldo Eijo Garay, natural de Vigo y doctor por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, la Universidad jesuita de la ciudad eterna. Eijo tenía un enorme interés en que el Colegio se trasladase a Vigo; hasta ofreció un préstamo y, como era amigo del Nuncio papal, monseñor Ragonesi, hizo llegar la petición al Vaticano desde donde enseguida alcanzó al P. General, el polaco P. Ledochowski. A ojos de unos y otros, Vigo aparecía como una ciudad con enorme necesidad de ser cristianizada. En las cartas que los jesuitas se intercambiaban hay frases para referirse a la ciudad olívica como “ciudad tan hermosa como fría y abandonada; un pueblo virgen, donde apenas nada se ha hecho..., el más necesitado intelectual y moralmente, sin importantes centros oficiales ni particulares” –públicos o privados, diríamos hoy. El P. Carvajal, a la sazón provincial en aquel momento de 1916, concluía lo siguiente: “urge aprovechar la especie de sopor en que se encuentran aún ahora los malos y el tener el Ayuntamiento una mayoría de orden y un alcalde recto, deseoso como el que más de vernos allí, y un obispo vigués entusiasmado con la idea de llevarnos”.

Así pues, los retos educativo, pastoral y social requerían una respuesta rápida y decidida, y la confluencia de circunstancias favorables estaba servida. El colegio *peregrino* eligió Vigo y como nombre el de Santiago Apóstol. Solo quedaba encontrar dónde ubicarlo en la ciudad y disponer las cosas para el traslado y para ambas cosas fue providencial el nombramiento como nuevo rector del P. Basterra, arquitecto antes que jesuita, a quien correspondió la tarea de hacer de puente entre La Guardia y Vigo en una operación memorable y de gran alcance, para la cual él no sólo estaba muy bien preparado sino que, además, encontró excelentes colaboradores como el arquitecto y antiguo alumno José Franco.

En plena I Guerra Mundial

Vigo tenía unos 50.000 habitantes y cuatro parroquias, y pasaba, como no podía ser de otro modo en plena I Guerra Mundial, una muy aguda crisis económica: los barcos que hacían escala en el puerto habían descendido muchísimo en número y para colmo de males la desaparición de la sardina paralizaba las fábricas de salazón, de gran importancia en la ciudad.

Acaso no esté de más recordar que España en la Primera Guerra Mundial se mantuvo neutral durante todo el conflicto, pero que no por la neutralidad éste dejó de tener importantes consecuencias económicas, sociales y políticas para el país, hasta tal punto que se suelen situar en los años de la guerra el inicio de la crisis del sistema de la Restauración que en 1923 se intentaría resolver mediante la instauración de la dictadura de Primo de Rivera. Dos semanas antes de la inauguración oficial del Apóstol, el periódico *El liberal* de Sevilla decía “La guerra ha trastornado de tal manera la situación económica del país que hoy es imposible la vida. Muchas fábricas

han cerrado, otras tienen a sus obreros a medio trabajo, hay fábricas que están haciendo un soberbio agosto y, sin embargo, éstas no han aumentado sus jornales, a pesar de saber sus dueños que todo ha encarecido”.

En tales circunstancias nacía nuestro Colegio. Lo más favorable para acometer la aventura del traslado a Vigo eran la enorme ilusión y la mano de obra abundantísima necesitada de trabajar.

España era un Estado de segundo rango, que carecía de la potencia económica y militar suficiente como para presentarse como un aliado deseable a cualquiera de las grandes potencias europeas en conflicto (Alemania y Austria-Hungría, por un lado; Gran Bretaña, Francia y Rusia, por otro). Por eso ninguno de los países beligerantes protestó por la neutralidad española. Efectivamente, nuestro país carecía de los medios para afrontar la guerra. Así lo reconoció el primer ministro Dato en una nota dirigida al rey, en la que añadía otra consideración sobre las tensiones sociales que provocaría: “Con sólo intentarla [una actitud belicosa] arruinaríamos a la nación, encenderíamos la guerra civil y pondríamos en evidencia nuestra falta de recursos y de fuerzas para toda la campaña. Si la de Marruecos está representando un gran esfuerzo y no logra llegar al alma del pueblo, ¿cómo íbamos a emprender otra de mayores riesgos y de gastos iniciales para nosotros fabulosos?”.

En ese más que crítico contexto social, el 10 de diciembre del año 1926, el viejo edificio de La Molinera, en García Barbón, acogía el acto de presentación del nuevo centro educativo de los Jesuitas en la ciudad. Casi a la vez los jesuitas liderados por el rector P. Basterra compraban la finca de Bellavista con un chalet y 5 has de terreno por 80.000 duros o 400.000 pesetas al Marqués de Elduayen, gracias al aval de doña Josefa Tenreiro Montenegro, IV Condesa de Vigo.

Comienzo en Bellavista: poco duró la alegría

La primera piedra del nuevo colegio en la finca de Bellavista donde estamos la puso el alcalde de Vigo, Gregorio Espino, en 1926 y la inauguración se celebró en 1928. Ya llevaba varios años fundada la Asociación de Antiguos Alumnos. Ese curso primero en Bellavista el número de alumnos ascendió a 241, la mitad de ellos de familias residentes en Vigo. Aunque eran tiempos de penuria, las cosas parecían pintar bastante mejor: edificio nuevo, emplazamiento precioso e ilusión a raudales... Pero la alegría dura poco en casa del pobre y en tres años la situación se iba a complicar bruscamente: la Constitución de la 2ª República declaraba en su artículo 26: “Quedan disueltas aquellas órdenes religiosas que estatutariamente impongan, además de los tres votos canónicos, otro especial a una autoridad distinta de la legítima del Estado. Sus bienes serán nacionalizados y afectados a fines benéficos y docentes”. Sin citarla, se condenaba a la Compañía de Jesús a la disolución, porque, como muchos de los presentes saben, los profesos jesuitas hacemos un cuarto voto de especial obediencia al Papa. Por más que los provinciales trataron de explicar cómo ese voto no iba contra el respeto al Estado español, no hubo nada que hacer porque la sentencia estaba dictada. Pocos diputados se opusieron a tamaño abuso. De los 47 diputados gallegos que había en las Cortes, ninguno había sido formado en nuestro Colegio, pero algunos sí fueron sensibles del atropello. Por ejemplo, don Ramón Otero Pedrayo, diputado republicano por Ourense que se opuso al artículo 26. Por supuesto, nos defendió también el obispo de Tui: “La disolución de la Compañía en sí

misma y más aún como ha sido decretada es algo asombroso por lo inverosímil y fútil de su motivación... envuelve un ultraje al más alto poder espiritual del mundo...incluye la violación de múltiples derechos...y arroja sobre el pueblo español una mancha de ingratitud que oscurece páginas gloriosísimas de nuestra Historia, escritas luminosamente por la Compañía de Jesús”.

Pero ninguna defensa sirvió para evitar la extorsión. El 9 de diciembre se promulgó solemnemente la Constitución, el 11 tomó posesión don Niceto Alcalá Zamora como Presidente de la República y el 4 de febrero de 1932 los jesuitas eran conminados a abandonar el Colegio de Bellavista en el pronto se iba a instalar el Instituto de enseñanza media de Vigo, hasta que durante la Guerra Civil fuera convertido en hospital militar.

La disolución de la orden no era expulsión como en tiempos de Carlos III sino anulación legal de la Institución y sus propiedades, como ya había sucedido en 1820, 1835 y 1868. Al no poder tener instituciones los jesuitas en formación tuvieron que exiliarse en varios países europeos: Bélgica, Holanda, Italia, Portugal... (Uno de ellos fue el P. Pedro Arrupe). Pero, al no ser expulsión, los jesuitas ya formados pudieron quedarse dispersos acogidos por varias familias viguesas o viviendo disimuladamente en pequeños grupos. Así algunos siguieron dando clase en Vigo unos meses en el recién Colegio Labor que don Sergio Saborido, uno de los cuatro profesores seculares del Apóstol, fundó junto a Cabada Vázquez y otros en un edificio de la calle Areal y él mismo pasó a dirigir.

A tomar las aguas para asimilar los golpes

Este año comienza la peregrinación del Colegio por varios balnearios de Portugal y Galicia: como si tras el golpe tremendo de la disolución necesitaran tomar las aguas para recuperarse. En el mismo 1932 se produce el traslado a Portugal, al balneario de Entre-os-Ríos, a 38 km de Oporto. Allí estarán 3 cursos. En 1935, hay un nuevo traslado del colegio al balneario de Curía, cerca de Coimbra (Portugal), compartiendo el edificio con el colegio de jesuitas San José de Valladolid, que había buscado ese magnífico emplazamiento del Hotel de Curía para ubicare. En 1936, nuevo cambio del colegio, ahora de vuelta a España, al estar Galicia desde el principio de la Guerra en la zona nacional, se ubica en el balneario de Mondariz (Gran Hotel) durante todo el período de la Guerra Civil. 1937: El Gran Hotel de Mondariz es convertido en hospital. Los alumnos se alojan en pensiones de la zona. Meses más tarde arde el Hotel San José y se van, provisionalmente, al balneario de Guitiriz, en Lugo.

En 1940-41 se produjo el regreso progresivo al emplazamiento de Bellavista en Vigo. El colegio contaba entonces con 530 alumnos y 45 educadores jesuitas, siendo el rector el recordado P. Javier Baeza. En 1942 se amplía el edificio central con la construcción de un último piso, el que hace unos años albergó el COU y donde hoy creo que está los últimos cursos de la ESO. Estamos en 1943, año en que la totalidad de alumnos regresan al colegio de Bellavista, hasta la actualidad, poniendo fin a la época de exilio y peregrinaje.

Al preparar estas palabras me venía la reflexión de que cuando nos quejemos de vivir en tiempos muy duros y difíciles, bien nos vendría recordar lo que vivieron nuestros

mayores y la resiliencia y fidelidad con que sobrellevaron las pruebas. En medio de tanta penalidad no perdían el deseo más genuinamente cristiano del *magis ignaciano*: el mayor servicio. En ese sentido, en octubre del 40, coincidiendo con el regreso a Bellavista, nacen las Escuelas San Ignacio para las familias de escasos recursos del barrio de Teis, que eran muchas. Fue una valiosa cooperación social que hoy juzgamos de paternalista pero que sin duda realizó una importante labor de promoción educativa y social por el día para niños y de noche para trabajadores. Su primer director fue el P. Cesáreo Mariño y enseguida se haría cargo de ellas el P. Nemesio Encinas, al que yo recuerdo perfectamente caminando con su sotana de aquí para allá respondiendo a las peticiones de la gente del barrio.

Otras cosas que merecen ser recordadas, aunque sea telegráficamente

Por ejemplo, los dos autobuses Ford para hacer el servicio de externos (en vez del clásico tranvía) que se adquieren en 1948 y constituyeron toda una novedad en la ciudad. La primera piedra de la Iglesia del Colegio, aledaña al edificio principal, que se coloca en 1951 y que en 1970 pasaría a ser Parroquia de San Francisco Javier. Ese mismo año se remodela la entrada del colegio y se construye en profundidad el jardín ovaloide, a imitación del de Curía (Portugal). 1967: Tras descartar el traslado del colegio al nuevo barrio de Coia, hacia el cual iba creciendo nuestra ciudad, se adopta la decisión de ampliar las instalaciones en Bellavista con dos nuevos pabellones, el que fue de BUP y hoy es de Bachillerato, y otro edificio para servicios y para la comunidad de jesuitas local. Se inauguraron el 7 de diciembre, coincidiendo con el 50º aniversario de la llegada del colegio a Vigo, y a otros 50 de hoy. En 1969 nace la Asociación de Padres y Madres de Familia, más tarde denominada AMPA.

1972-73 es el último curso en el que funciona el internado, tras un siglo de existencia, y en el que nace el Curso de COU. Por falta de espacio, se ubica en dos pisos de la residencia jesuítica de Velázquez Moreno 9 (actualmente en sus bajos está la iglesia de los Apóstoles). Por primera vez en la historia del colegio, la mujer se incorpora a sus aulas. De los 129 alumnos de COU, 58 eran chicas. Seis años más tarde, en 1978-79, entran las primeras estudiantes chicas en el Bachillerato (BUP). Y en 1994-95, por primera vez se admiten alumnas en educación Primaria. Una fecha importante también es 1980, porque ese año el Colegio pasó de privado a concertado en todos sus cursos excepto en BUP y COU, hoy en Bachillerato. Y 1993-94, curso en que por primera vez la dirección del centro se le encomienda a un seglar profesor, D. Fernando López Paz. Después de Fernando vendrían otros laicos en la dirección, María Alonso e Iván Mirón, que actualmente está al frente del Colegio. Eran los últimos de una larga lista donde están los PP. Soto, Romero, Rivera, Tejerina, Rábago, Verástegui, Jaureguizar, Pardo, Baeza y así hasta Basterra, el primero de Vigo, y hasta Tomás Gómez, el primero de Ancéis y de A Guarda.

En 1997-98, con motivo de los 125 años de años del Colegio, el ayuntamiento de Vigo le concede la Medalla de Oro de la ciudad.

El bienestar del mundo depende de la educación

Hoy es un magnífico día para recordar cómo desde los albores de la Compañía de Jesús, los primeros compañeros pensaron que trabajar en colegios y universidades

dedicándose no sólo a la formación de otros jesuitas sino también de otros jóvenes era una manera de desarrollar su misión, pues estaban convencidos de que la educación era un excelente camino de evangelización y, por tanto, para el bienestar de los pueblos: *“Todo el bienestar de la cristiandad y de todo el mundo depende de la educación conveniente de la juventud”*³. En 1560 Polanco hablaba de que los dos modos de “ayudar a las ánimas” de los jesuitas eran la educación y otros ministerios.

El par “virtud y letras” fue desde el principio el modo ignaciano de referirse a la formación integral –la formación de la “persona entera”. Seguía el modo parisense siendo un plan organizado que los alumnos tenían que seguir y una pedagogía que buscaba la asimilación: que el alumno aprenda y para ello ha de participar.

Humanismo ignaciano

Todo ello sostenido en una visión antropológica que asumía el humanismo renacentista (Pico de la Mirándola, Discurso sobre la Dignidad del Hombre): Dios le habló al hombre de esta manera: *“No te dimos ningún puesto fijo, ni una faz propia, ni un oficio peculiar, ¡oh, Adán! Para que el puesto, la imagen y los empleos que deseas para ti, esos los tengas y poseas por tu propia decisión y elección. Para los demás, una naturaleza contraída dentro de ciertas leyes que les hemos prescrito. Tú, no sometido a cauces angostos, te definirás según tu arbitrio...”*⁴. Un humanismo que no puede prescindir ni de la libertad humana para decidir y elegir, ni de Dios, que nos crea libres para servir y amar, tal como muestra a las claras el Principio y Fundamento: *“El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden a la prosecución del fin para el que es criado... De donde se sigue que ha de usar de ellas cuanto le ayuden para su fin y debe quitarse de ellas, cuanto le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido,..., solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin para el fin que somos criados”* (EE, 23).

Varios elementos son aquí los esenciales:

1. Dios quiere que le sirvamos libre y amorosamente
2. Para ello debemos usar de las cosas “tanto cuanto” nos conduce al fin
3. Y poseer una actitud de disponibilidad, donde crezca el mayor servicio
4. Jesús, el hombre disponible, es nuestro modelo y nuestra ayuda

Este espíritu subyace a esas máximas de Ignacio de Loyola: “Ayudar a las ánimas”, “En todo amar y servir”, “El mayor servicio”, “Discernir” que es decidir y elegir según Dios, libres para amar y servir. Y ha animado a lo largo de los siglos a miles de *educadores* a realizar su misión con:

³ Carta del P. Ribadeira a Felipe II en 1556.

⁴ G. PICO DELLA MIRANDOLA, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, Madrid 2007.

1. Fe en el sentido de su trabajo: Convencidos de que servían a una misión que hacía bien a las ciudades y mejoraba a las personas humana y espiritualmente.
2. Capacidad para innovar y generosidad para renunciar a personalismos, que nacían de una espiritualidad de disponibilidad y servicio.
3. Un gran deseo de poner sus cualidades, a veces excepcionales y en muchos casos, sólo normales, al servicio de la obra común.

Ese humanismo de cuño ignaciano ha impulsado, sostenido y actualizado a lo largo de casi cinco siglos un modelo cuyo centro es *“la formación integral de la persona, libre, autónoma, que libera su inteligencia, que se hace así misma, que crea, que construye su propia personalidad”*⁵. Para poder lograr este objetivo, la acción pedagógica tiene que ser capaz de orientar a la persona a conocerse, a comprender el mundo en que vive y en el que está llamado a situarse y a aprender a conocer, a hacer, a vivir juntos y a ser.

Por y para eso necesitamos *un modelo antropológico definido*, porque no hay educación neutral, pues toda persona y toda institución tienen de hecho sus opciones de sentido y sus compromisos éticos, sean o no explícitos y reconocidos. “Toda visión de la vida se funda, de hecho, sobre una determinada escala de valores en la que se cree y que confiere a maestros y adultos autoridad para educar. No se puede olvidar que en la escuela se enseña para educar, es decir, para formar personas desde dentro, para liberarlas de los condicionamientos que pudieran impedirle vivir plenamente. Por esto, la escuela debe partir de un proyecto educativo intencionalmente dirigido a la promoción total de la persona”⁶.

La centralidad de la persona

Dicho modelo plantea que la persona tiene un fin en tanto que ser individual llamado a la vida por Dios, pero también tiene un carácter social que le impulsa a no desentenderse del contexto, superando así la tendencia al individualismo. Por ello es preciso un progreso, una formación adecuada que posibilite avanzar en madurez y que, con ello, se vaya dando el amplio desarrollo de la libertad unida a la responsabilidad. El humanismo que subyace al modelo educativo que conjuga amor e inteligencia tiene como ejes la atención central a cada persona y a toda la persona, la formación armónica y equilibrada de todas sus dimensiones, la conexión y respuesta a la sociedad que posibilita la realización de todos.

La centralidad de la persona pide una ética coherente y consistente de la vida que, cuando es auténtica, es personal, social y ecológica. Los deberes que “tenemos con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y en su relación con los otros. No se pueden exigir unos y conculcar otros”. “El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, el desarrollo humano integral” (*Caritas in veritate*, 51) o en expresión de

⁵ C. LABRADOR, *Estudio histórico pedagógico*, en: E. GIL CORIA (ed.), *La pedagogía de los jesuitas, ayer y hoy*, Madrid 1999, 55.

⁶ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La Escuela Católica*, 19 de marzo de 1977, n. 29.

la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco: la ecología integral, como paradigma capaz de articular las relaciones fundamentales de la persona con Dios, consigo misma, con los demás seres humanos y con la creación. La ética coherente exige también que se conjuguen derechos y deberes, porque, si los derechos se desvinculan de los deberes, se desquician.

El personalismo es dinámico y hoy, en nuestro momento histórico, lleva a poner un énfasis especial en la justicia y solidaridad entre generaciones, así como en el encuentro entre culturas, ya que “en todas las culturas se dan singulares y múltiples convergencias éticas ... [que constituyen] fundamentos sólidos de todo diálogo cultural, religioso y político, ayudando al pluralismo multiforme de las diversas culturas a que no se alejen de la búsqueda común de la verdad, del bien y de Dios” (CV, 59). Pero todo ello sin olvidar la justicia y la solidaridad intrageneracional, es decir, lo que pasa con los pobres de hoy, que no pueden esperar. Hay que escuchar “el clamor de la tierra y clamor de los pobres” (LS, 49). Hoy la cuestión social es cuestión socio-ambiental⁷.

La antropología ignaciana se distancia críticamente del individualismo y del subjetivismo que desatienden a los vínculos solidarios que constituyen a la persona, o al colectivismo que destruye su singularidad para convertirla en una pieza de una maquinaria o en un número dentro de un colectivo, y así revela la convicción fuerte y consistentemente arraigada de que el ser humano es fundamentalmente “persona solidaria”, aun cuando la realidad empírica del pecado personal o las estructuras de pecado no le dejen vivir y expresarse así.

Este personalismo desencadena todo un conjunto de principios sociales (solidaridad, subsidiariedad, bien común) y también el reconocimiento de los grandes valores (verdad, justicia, igualdad, libertad, participación) que “constituyen los pilares que dan solidez al edificio del vivir y del actuar humano: son valores que determinan la cualidad de toda acción e institución social”⁸. Y requiere *discernimiento* para descubrir y escoger la voluntad de Dios, conocer los hechos y reflexionar; identificar los motivos que nos mueven; sopesar valores y propiedades; estudiar las consecuencias de nuestras decisiones, especialmente las que puedan tener en los más pobres.

Lo que los estudiantes lleguen a ser

En fin, el criterio de evaluación y el proyecto de cualquier empeño educativo es lo que “los estudiantes lleguen a ser”, siendo el horizonte de referencia la ‘persona entera’ –*cuerpo y espíritu, intelecto y afectividad*– que tenga “una solidaridad bien informada” y “una responsabilidad cristiana adulta con la cual trabaje en favor de sus prójimos y de su mundo”. El P. Adolfo Nicolás, SJ, lo ha expresado así: “la profundidad de la enseñanza y la imaginación abarca e integra rigor intelectual con reflexión sobre la experiencia de la realidad, junto con la imaginación creativa para

⁷ Cf. E. SANZ GIMENEZ-RICO (ed.), *Cuidar de la Tierra, cuidar de los pobres. Laudato si' desde la Teología y con la ciencia*, Santander 2015.

⁸ PONTIFICIO CONSEJO “JUSTICIA Y PAZ”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, Città del Vaticano 2005, n. 205.

trabajar en la construcción de un mundo más humano, justo, sostenible y lleno de fe”.

Una educación que ha de mover a los educandos al compromiso con la realidad: ayudando a las personas a conocer la realidad humana, comprendiendo el funcionamiento de las estructuras culturales, económicas y políticas, y valorando críticamente a la luz de la fe y de los valores que emergen del evangelio y están recogidos en los documentos de la Doctrina Social de la Iglesia: *“Los estudiantes a lo largo de su formación, tienen que dejar entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar a favor de los derechos de los demás, especialmente de los más desfavorecidos”*⁹.

Por ello la formación ha de incluir programas de “aprendizaje-servicio” que acerquen a los alumnos a las realidades sociales del entorno donde viven. Es fundamental que la reflexión no se base solo en la información sino “toque” la acción. Se busca incluir experiencias que hagan explorar expresiones del servicio concreto como medio para desarrollar el espíritu de generosidad y el sentido hacia “el mayor servicio” a la familia humana. Por eso hay que valorar las posibilidades educadoras de todo el ámbito educativo, no sólo de las actividades formales y de lo que se hace dentro de las aulas, sino *las actividades complementarias, extraescolares o paraescolares*.

Acometer la difícil tarea educativa en medio de un mundo cambiante, interdependiente y ambivalente, caracterizado además por una gran *diversidad cultural*, solo se puede hacer una *cultura del dialogo y del encuentro* que posibilite el intercambio creativo y positivo entre las personas y la síntesis entre fe y la ciencia y la cultura.

Las migraciones a gran escala en el contexto de los procesos ambivalentes de la globalización han aportado diversidad, rompiendo la tradicional estructura monocultural de la institución educativa. De algún modo, nos ha hecho descubrir algo tan obvio como que no sólo son diferentes los alumnos y las alumnas que vienen de otros países, sino que somos diferentes todos, es decir, esos grupos homogéneos que teníamos en las aulas no eran tan homogéneos como creíamos¹⁰.

Hoy nos hallamos en la tesitura de conjugar creativamente la preocupación y atención a la justicia social mirando de frente a las condiciones socioeconómicas, con “el signo de los tiempos” de la diversidad cultural y religiosa como contexto de la justicia que es expresión de la fe. Un modelo inclusivo e intercultural permitirá plasmar en las prácticas el principio de equidad educativa, tan importante en el acompañamiento al alumnado inmigrante, pero no menos para el alumnado autóctono. Por ejemplo, si atendiendo al primer impulso la inmensa mayoría de los colegios católicos en España se hicieron concertados para ser interclasistas y

⁹ P. H. KOLVENBACH, *El servicio de la fe y la promoción de la justicia*, Santa Clara 2000.

¹⁰ Como hace unos años mostró los excelentes estudios de FERE-CECA y EyG, *Programa Egeria para la inclusión del alumnado inmigrante en la escuela intercultural*, publicado en 2007, y *Calidad, equidad y libertad en la educación. Nuestra visión del sistema educativo*, Madrid 2005, que aquí tengo muy presentes.

responder a la inclusividad, hoy están ante otros grandísimos retos: dejarse interpelar por la nueva realidad de la diversidad cultural y la potente cultura digital.

Iván Mirón, actual director y antiguo alumno, lo dice así: “El presente nos dibuja un Colegio muy valorado en la ciudad. Un Colegio que recibe (como fiel obra de la Compañía de Jesús) lecturas y matices distintos en función de quién y cómo lo vive. Un colegio orgulloso de escolarizar el mayor número de niños con necesidades educativas especiales de Galicia, con todos los retos que eso supone. Un colegio que recibe premios de excelencia, que presenta los porcentajes más altos de presentados a la selectividad y algunas de las notas más altas en las mismas pruebas. Un Colegio muy demandado en un contexto de baja demografía y con muchos antiguos alumnos que desean que sus hijos estudien en él... Un Colegio por la búsqueda permanente de la mejora continua y por el acercamiento libre, abierto e inclusivo a la experiencia de Dios...”. Cuando uno lee esto dice: vamos por buen camino.

Formar personas de reconciliación y dispuestas a *dialogar, discernir y construir* es nuestra aspiración más sincera sea cual sea la asignatura que enseñemos o el servicio a la comunidad que prestemos. En esas acciones hoy hay que contar con los canales y las redes que han alcanzado niveles inauditos de desarrollo, pero sin perder nunca de vista que la comunicación y la educación continúan siendo, al final, “una conquista más humana que tecnológica”. No basta con moverse por las “calles” digitales, con estar conectados: es necesario que la conexión vaya acompañada de un verdadero encuentro, y éste es casi imposible sin tiempo y espacio de silencio para escuchar, pensar y orar.

El rol fundamental de los profesores/educadores: calidad y cualidad

No cabe duda de que, en gran medida, el reconocimiento de nuestro Colegio se debe a su modelo educativo que no se hace real sin el valor del profesorado, que se ha distinguido particularmente por saber canalizar la disposición al aprendizaje de los estudiantes. Pero un objetivo tan ambicioso requiere también de continua renovación; no sólo a través de la selección de los profesores que se vayan incorporando a nuestras aulas, sino a través de una formación permanente, dirigida a la mejora constante de la activación del aprendizaje del estudiante, a la utilización apropiada de los medios, al conocimiento y experiencia de los valores que articulan la convivencia entre todos, y, por supuesto, a su actualización, de forma que la docencia logre inculturar lo académico, conectando la competencia científica y técnica con las facetas humanística y social.

Hace falta mucha competencia científico-técnica y profesionalidad en los educadores, pero las actitudes con que enfrentan su actividad docente y los valores que poseen son la base fundamental para que el modelo educativo ignaciano no quede meramente en una declaración de intenciones. Necesitamos actitudes y valores como las que han tenido a lo largo de los tiempos los grandes maestros: “*La humildad y la constancia, el aliento a los grandes deseos e ideales, la cercanía con los discípulos, el descubrimiento de lo mejor de cada persona, procurando que ningún talento se malogre y la enseñanza con el propio comportamiento y actitud*”¹¹. Se trata de actitudes que solamente hace crecer y puede sostener el amor.

¹¹ A. NICOLÁS, *Discurso con motivo del 125 aniversario de la Universidad de Deusto*, Bilbao 2011.

Para este tipo de profesor, la relación con los alumnos es una de las claves del éxito. Su cercanía y trato humano son características que le definen no sólo como profesional sino como persona: conoce a sus alumnos y es sensible de las circunstancias académicas y personales de ellos, que perciben que cada uno de ellos es importante para él. Desea fervientemente que ninguno se “pierda” en el proceso; orienta de forma personal a sus estudiantes, según sus necesidades; se preocupa por la formación del alumno en el conjunto de sus dimensiones... En el proceso de aprendizaje: su principal objetivo es conseguir que sus alumnos aprendan, por eso busca continuamente motivarles positivamente.

Este tipo de profesor cuida el diseño de los procesos de enseñanza-aprendizaje e intenta llevarlos a cabo sin olvidar que la finalidad última de su trabajo es la formación integral del alumno. Escoge y diseña las actividades que lleven al alumno a la reflexión sobre problemas sociales, dándole una dimensión ética, y estimulando su sentido crítico y analítico, la toma postura sobre determinados dilemas, el trabajo de forma colaborativa y la integración conocimientos de otras disciplinas... Selecciona y aplica procedimientos y criterios de evaluación: que sean percibidos como “justos” por los alumnos, que sean adecuados a los objetivos competenciales, que permitan al alumno autorregular su aprendizaje, teniendo en cuenta el conjunto de las actividades.

En un mundo donde la cultura de la virtualidad en las relaciones y en todo está tan viva, se hace cada día más urgente recuperar espacios de experiencia vital y de encuentro interpersonal. La acción pedagógica tiene que ser capaz de orientar a la persona a conocerse, a comprender el mundo en que vive y en el que está llamado a situarse y a aprender. Frente al uso de las redes sociales para establecer relaciones de superficie y amistades sin esfuerzo, con meros conocidos o del todo desconocidos, que pueden fácilmente romperse sin ni siquiera pasar por la confrontación, habrá que replantear las prácticas educativas para ser capaces de formar personas con una cierta profundidad de pensamiento y compromiso, que no se dejen manipular y puedan decidir desde su interior y elegir con libertad. Necesitamos una educación que abra y confronte a las personas con la realidad, y que las ponga en contacto con su propia interioridad, no para mirarse al ombligo, sino para llegar a ser *personas conscientes, competentes, compasivas y comprometidas*. *“Conscientes de sí mismas y del mundo en que viven, con sus dramas, pero también con sus gozos y esperanzas. Competentes para afrontar los problemas técnicos, sociales y humanos... Personas también movidas por una fuerte compasión (en el sentido de postura empática que hace posible ponerse en el lugar del otro y ser capaz de sentir lo que él siente). Esta compasión es el motor a largo término que mueve al compromiso: esta forma de amar en la que el ser humano no sólo da algo sino que se da a sí mismo a lo largo del tiempo”*¹².

Todo un programa de formación integral que pide a gritos de los educadores que realicen su profesión/vocación con inteligencia y amor. No super-hombres o super-

¹² A. NICOLÁS, Conferencia “Misión y Universidad ¿Qué futuro queremos?”, Barcelona 2008.

mujeres, sino de personas limitadas y vulnerables pero deseosas de servir a sus alumnos poniendo en juego lo mejor de sí y siendo movidos por los deseos de¹³:

- *§ Conocimiento de sí mismo: “ordenar la propia vida”*, los líderes prosperan al entender quiénes son y qué valoran, al observar malsanos puntos de debilidad que los desequilibran y al cultivar el hábito de una continua reflexión y aprendizaje, el discernimiento.
- *§ Ingenio: “Todo el mundo será nuestro hogar”*, se adaptan y hacen adaptarse a los demás en un mundo cambiante; exploran nuevas ideas, métodos y culturas en vez de mantenerse a la defensiva.
- *§ Amor: “Con más amor que temor”*, se enfrentan al mundo llenos de confianza, con un sentido claro de su propio valer como individuos dotados de talento, dignidad y potencial para dirigir; crean ambientes rodeados por la lealtad, el afecto y el apoyo mutuo.
- *§ Heroísmo: “Despertar grandes deseos”*, imaginan un futuro inspirador y se esfuerzan por darle forma, en vez de permanecer pasivos. Los héroes sacan oro de lo que tienen en la mano en lugar de esperar a tener en la mano oportunidades de oro.

Educadores que más que ocupar espacios o protagonismos, activan y acompañan procesos, pues lo que verdaderamente tiene más importancia son los procesos y las acciones que generan dinamismos duraderos que los fogonazos; los caminos bien hechos que los atajos. Tenemos el modelo del que más ha estado al pie del cañón en el Colegio: el H. Bailón más de cincuenta sirviendo con alegría y entrega total al Apóstol, más que Fidel Castro de Presidente de Cuba, o el P. Andrés Díaz de Rábago, antiguo alumno y casi setenta años en China, que nos ha escrito unas emotivas páginas con sus recuerdos colegiales.

El atajo a veces viene bien haciendo senderismo, como lo que durante tantos años se ha practicado en el Colegio Apóstol, primero los Montañeros de Santa María y luego el Grupo de Montaña Apóstol, pero en educación y moral nunca acorta el camino sino que lleva al precipicio. La educación es una carrera de fondo, para la cual se precisan hábitos que van dejando poso en la conciencia y en el carácter. Me ha gustado ver cómo María Alonso, primera y hasta el presente última directora del Colegio, enfatiza con fuerza la idea de que la educación, por encima de todo necesita tiempo, el tiempo de cada uno.

No somos “islas”, necesitamos de los demás

Claro que nos gusta presumir de que por el Colegio pasó el Beato Francisco Gárate, enfermero once años en Camposancos, o un alumno de nombre Camilo que recibió el Nobel de Literatura, el Príncipe de Asturias de las Letras y el Premio Cervantes y que escribió fabuladamente que le echaron del Colegio por dejar salir a pasear a los cerdos de la granja. O que entre nuestros egresados hay un par de ministros del Gobierno de España. Pero lo verdaderamente valioso de nuestro Colegio son las

¹³ C. LOWNEY, *El liderazgo de los jesuitas: Autoconciencia, ingenio, amor, heroísmo*, Santander 2014.

personas famosas o anónimas que lo construyeron y construyen día a día con su tiempo y su entrega: jesuitas (sacerdotes y hermanos), laicos (profesores, profesoras y personal de administración y servicio) y por supuesto los alumnos y sus familias... Nos gustan los edificios y la finca de Bellavista, pero son las personas las que tienen valor y no precio.

Necesitamos de los demás, no somos “islas”, en la vida de cada uno entra continuamente la de los otros en lo que pensamos, decimos o hacemos... Hace falta prestar atención a lo común para “no caer en la mezquindad”. Hay que aspirar a lo grande pero sin perder de vista lo pequeño; mirar a lo universal pero sin dejar lo particular; lo global sin despreciar lo local. De esta manera evitamos tanto el universalismo abstracto como el localismo folclórico y ermitaño. Por eso el modelo no es la esfera de equidistancias sino el poliedro, que refleja la confluencia de parcialidades y originalidades. Me ha gustado cómo Fernando López Paz, el primer director laico del Apóstol, piensa en su tiempo al frente del centro como un precioso proyecto compartido entre laicos y jesuitas sobre el cual le dieron a él la máxima responsabilidad y confianza.

Grandes horizontes que se construyen en el compromiso con lo pequeño y cotidiano

No es posible vivir con ilusión en lo cotidiano sin horizontes grandes –incluso infinitos– que nos motiven y movilicen, pero al mismo tiempo solo es posible tener proyectos grandes y llevarlos a cabo actuando sobre cosas mínimas, en apariencia insignificantes.

Con alegría celebramos hoy el centenario de la llegada de nuestro Colegio a Vigo, el Colegio jesuita que tanto nos ha dado y que tanto queremos, justo cuando el papa Francisco acaba de clausurar el año dedicado a la misericordia para animar la salida de la Iglesia a las fronteras existenciales de dentro y fuera: *“Misericordia es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro.... la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida.... la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado”*.

En el gran horizonte del amor compasivo de Dios –su misericordia– podemos situar nuestras humildes vidas y nuestras modestas obras, aunque pequeñas e insignificantes, muy valiosas y necesarias. También la vida y el gran servicio de estos cien años de este querido Colegio al que los presentes debemos tanto y también debe nuestra ciudad. Un peregrinó que eligió Vigo y se quedó ahí encantado.

Con mi afecto para todos, muchas gracias y *ad multos annos*.